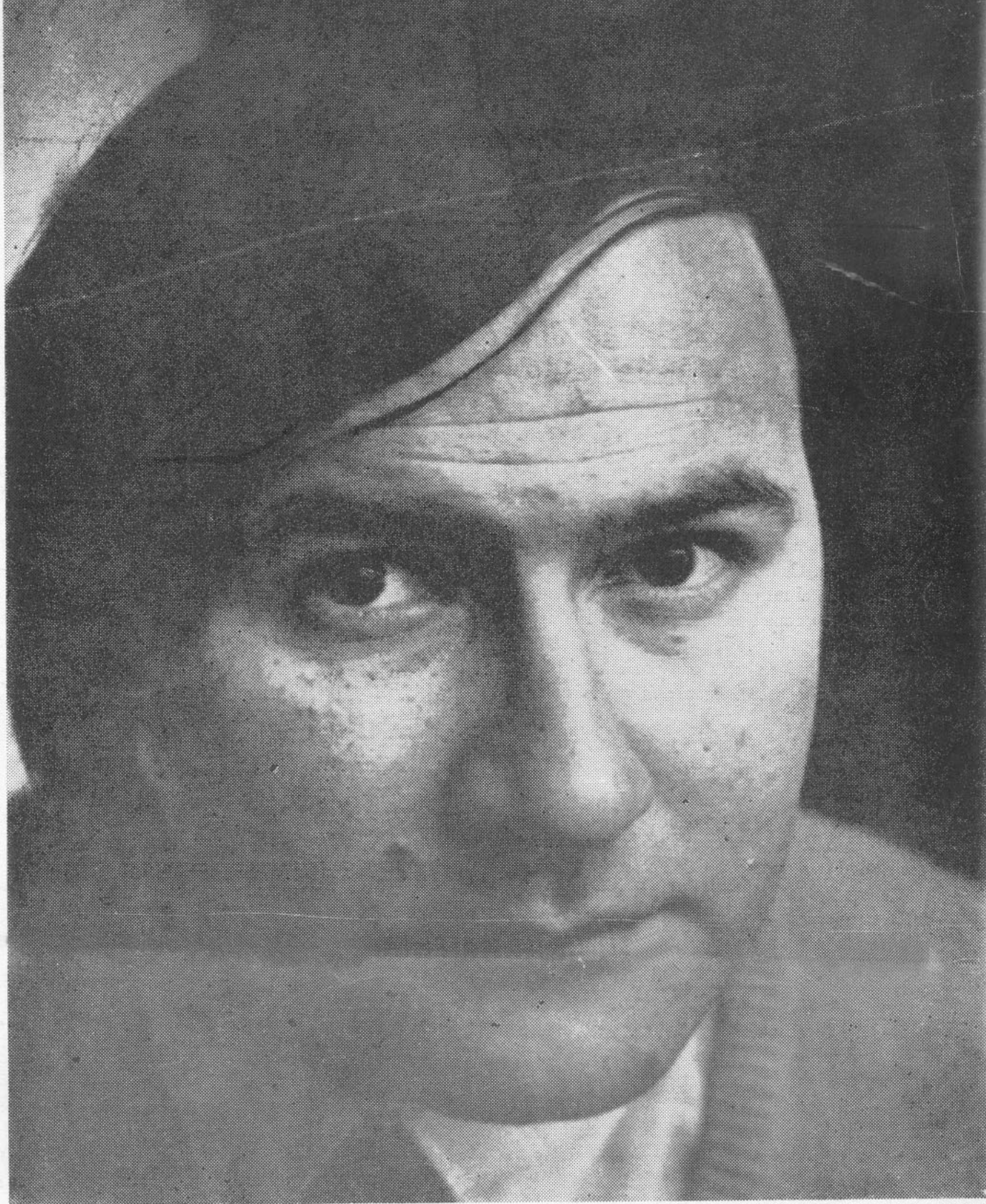


Skármeta habla de sí mismo



Cuando en diciembre de 1967 apareció "El Entusiasmo", primer libro de cuentos de Antonio Skármeta, algo remeció a la literatura chilena. Mucho se había discutido sobre el valor de nuestra narrativa, comparándola, a veces excesivamente, con la que se estaba haciendo en el resto de Latinoamérica. Skármeta en vez de hablar, escribía.

El resultado fue un libro que rompió con el cansado realismo en que se debatía nuestra prosa.

Este año Skármeta obtuvo el Premio de Casa de las Américas Cuba, con los cuentos de "Desnudo en el tejado". Era la confirmación, "a nivel", internacional, de su valor como escritor. La repercusión que ha tenido el libro en el exterior ha sido considerable. Basta leer los extractos de algunas de las críticas aparecidas en el extran-

jero para darse cuenta. En Chile, como a menudo sucede, no han faltado los "conocidos de siempre" que han pretendido desconocer la calidad del libro. Para contestarles, si vale la pena, habría que parafrasear al propio Skármeta: "¿Y qué pretendes? ¿que viva pegado a la tierra?"

Todos los cuentos que componen el volumen son de un real valor. Pero, si hay que destacar algunos, ellos son "Pajarraco" y "A las arenas". Lo que caracteriza a Skármeta es un lenguaje desenfrenado, que requiere del lector una participación real para adentrarse en el mundo narrado.

Antonio Skármeta es, sin duda, el mejor escritor joven de este país. Ha sacado a nuestra narrativa del tedio en que se encontraba y abre una nueva forma de captación del mundo.

Skármeta habla de si mismo

—Una de sus primeras aficiones fue el teatro. Parece que ahora no le interesa. ¿Qué pasó?

Trabajaba con aficionados en teatro experimental con el Cadip. Llega un momento en que un equipo de aficionados no responde a las ambiciones estéticas de un director. Es lo que pasa con todas las cosas en que uno se mete. Cuando uno se enamora quiere estar todo el rato al lado de la amada. Resumiendo, yo cometí adulterio con la literatura.

—¿No probó trabajar con profesionales?

Probé con algunos. Eran más malos que la cresta de la lora.

—¿Pero Ud. no era sólo director, sino también autor teatral?

¡Pruébelo!

—Lo pruebo. Ud. obtuvo un premio en el concurso latinoamericano de obras teatrales de la Universidad de California.

Se me había olvidado. El problema con el teatro es que uno no arbitra todos los elementos. Uno no puede hacerse responsable de las traiciones de los demás. Cuando yo fracaso en literatura soy yo quien paga el pato.

—¿Y ha fracasado?

Su pregunta ya es generosa. He fracasado meticulosamente.

—¿Cómo así?

Yo aspiraba la genialidad con todas las fuerzas y mi literatura me bajó los humos de la cabeza. Algún día se publicará "El Enthusiasmo" y "Desnudo en el tejado" con el título genérico de "Los Costalazos".

—Así que el teatro murió definitivamente.

Ni modo. Como a los personajes de ciertas novelas contemporáneas, la suma de mis experiencias no me lleva a ninguna parte. Reincidiré en la dirección teatral muy pronto.

—Y como autor, ¿hay algo?

Como todos los autores chilenos tengo alguna obra que jamás escribiré. Le puedo dar el título, eso sí: "Los burgueses son como los chanchos, mientras más viejos se ponen más bestias se vuelven". Créditos para Jacques Brel.

—Jacques Brel, dos cosas a la cabeza: cine y música. Ud. también ha andado por esos lados. Acaba de obtener el primer premio en el Festival de cine aficionado con "El Aparato Urinario".

Reconozco que mi culpa fue enviar la película. La del jurado fue premiarla. Es una película callampa, anti pretenciosa, que inau-

gura el callampismo en el cine chileno. Que inaugura y que cierra, habrá que decir.

—Aparato urinario, ¿es una metáfora?

Qué metáfora ni qué perro muerto. Son tres gallos meando. La película tiene una teoría y una práctica. Era ya hora de enseñarle a los espontáneos cómo se meía debidamente.

—Entonces es didáctica.

Evidente. Hay que hacer algo por la patria.

—¿Va a reincidir en el cine?

Honestamente creo que el cine es un medio rudimentario comparado con la literatura. Por lo tanto reincidiré.

—Se contradice.

Cita de Whitman, Walt: "Me contradigo y qué". A un escritor se le debe exigir que escriba y que sea congruente en sus planteamientos sociales, porque ahí se juega el pellejo mucha gente. Pero no se le puede exigir que su lenguaje siga cargado de primores ontológicos decimonónicos. La entrevista, por ejemplo, es una rama de la literatura fantástica.

—En su obra hay numerosas referencias a la música, sólo a la popular. ¿Por qué?

Mi obra está nutrida de la música pop y del jazz, pero no de la clásica. Tal vez porque pretende ser una apoteosis de lo efímero. Por ejemplo, esa improvisación irrepetible de una sesión de madrugada en un club de jazz provinciano o la muchacha que se conoció, se amó y se traicionó en un malón escolar pro-gira de un 5º año M, con algo tan meloso como los Platters gorgoreando "Only you". Tal vez lo cualitativo de la vida sea vivirla en más cantidad e irrepetiblemente ahora mismo. Al modo latinoamericano y subdesarrollado, yo siempre he sido un pop.

—El crítico Hernán Loyola afirmó que Ud. había asumido el jazz en forma superficial y no en profundidad como lo hace Cortázar.

He vendido sangre para ir a ver a Ella Fitzgerald (Ref. "A las arenas"). Viajé en un barco de carga tapizando los restos de unos sillones rumbo a USA, quizás con el principal propósito de ver a Sonny Rollins, y ví cómo garabateaba a su trompetista porque no podía seguirlo en un tema de 50 minutos en el Village Vanguard de Nueva York. Me pegaron en Texas porque me colaba todas las noches en un local a oír rock progresivo. Fui amigo de Omar Nahuel, lo soy de Roberto Lecaros. He compuesto temas de jazz. Conozco las letras y los intérpretes de más de 200 blues. No he escrito nunca la metafísica

del jazz, pero amo "Rayuela" y "El perseguidor" de Cortázar porque él lo intentó, y fracasó. No puedo dar la lata en esta entrevista de desenmascarar todos los instantes de mi vida que son jazz. Un botón: en mi boda se tocaron blues, con una banda mitad instrumentos y mitad cacerolas. Ese crítico, en este y otros aspectos, cagó fuera de tiesto.

—Me parece que hay otros escritores que tienen una visión parecida a la suya respecto a la música popular. Ejemplo, los mexicanos José Agustín y Gustavo Sainz.

—Sí. Y también el cine, las historietas, el multifacetismo, la ciudad, los artefactos. Yo quisiera no cometer la petulancia de decir que es la gente de mi generación.

—Pero Rulfo ha dicho que sólo son "rockeros".

Rulfo es un genio. Y Ud. sigue con su manía de atribuir valores absolutos al lenguaje. De boquita se puede decir cualquier cosa, pero en la contratapa de "La Tumba" de José Agustín, Rulfo afirma de Agustín que es el más grande escritor de Chile.

—El crítico Ignacio Valente afirma que Ud. "ha sido el escritor que ha roto en forma más violenta las inercias del modo de escribir chileno". ¿Cómo se sitúa Ud. frente a esta tradición literaria?

Claro que Valente también agrega que soy el más capaz de perderme en experimentos y modos efímeros. Creo que lo que puede producir esta generosa visión es el hecho que yo haya optado por una literatura personal y desatada donde había el predominio del "buen oficio". Yo entendí el cuento como un género respiratorio y confesional. Disolví la anécdota para narrar desde el estado de ánimo. Pero esto no me convierte en la pilsener en el desierto. A su modo lo habían hecho con envidiable talento Manuel Rojas y Carlos Droguett. Lo que los críticos reconocen como novedad es un temple generacional distinto.

—Pero en esto, en Chile, ¿lo acompaña alguien?

En rigor, me siento más ligado, emocionalmente, a los nuevos narradores mexicanos, argentinos y norteamericanos. Esto no implica que no me interese lo que hacen los escritores de mi edad. Son sólo las preferencias las que difieren.

—Pero, estrictamente, ¿qué escritores chilenos le han importado y por qué?

Ya que está decidido a apretar las clavijas habrá que apechugar. En poesía está Nicanor Parra, él cumplió una proeza que puede definirse así: destronamiento del yo líri-

SKARMETA...

(de la pág. 20)

co y apoteosis del yo dramático. Hay muchos imbéciles que creen aun que hablar en primera significaría ser ombliguista o autobiográfico. No sospechan que hay un modo de hacer el yo, encarnando en él, el símbolo, la anécdota, la muerte, la inmortalidad, la ausencia de Dios y hasta lo que los políticos llaman el pueblo.

—¿Y de los narradores?

Hay poco trabajo en esta pregunta, déjeme concluir la anterior. En poesía joven el panorama es apasionante. Hay una experimentación casi febril. Ahí están Manuel Silva, Hernán Lavín Cerda, Gonzalo Millán, Waldo Rojas, Enrique Lihn. Y en prosa, ya que estamos hablando con el corazón en la mano, creo que el gran escritor es Carlos Droguett. Droguett suprimió la piel para contactarse con el mundo, de allí que el narrador y las cosas aparezcan tan alucinantemente confundidas. No sé si esta inmediatez tan dramática se resuelva con efectividad narrativa. Pero esto es ya una observación mezquina. Es como estar en medio de un gran naufragio y encapricharse en limpiar los vidrios del camarote. Droguett es escritor, y solamente la idiocia, la estulticia y la banalidad de los críticos chilenos lo mantuvieron lejos del público lector. Me pregunto si los jóvenes narradores chilenos no irán a pasar las mismas peripecias con los críticos actuales. En algunos casos hay signos alarmantes. Agreguemos a esta lista a Jorge Guzmán, a Ernesto Malbrán, a Carlos Olivares.

—Pero Ud. también es crítico, y como tal ya se le ve hasta en los jurados literarios, y además en la televisión.

Partamos por la cola. A la TV hemos llevado en un 80% escritores jóvenes para que dijeran y leyeran lo que les diera la real gana. Allí fueron entrevistados y leyeron, Millán, Lavín, Silva, la curiosa Escuela de Santiago en pleno, Gómez, Rojas, etc. Escasamente hemos invitado a la oficialidad literaria y ni a miembros de esas pavorosas sectas otorgapremios que agrupan a los es-

critores, donde se lamen la mediocridad unos con otros. Pasemos al medio. Recientemente fui jurado como crítico literario en el concurso Pedro de Oña. Solicité que en las actas constara qué jurado había votado por cada cual. Un procedimiento que no permite esconder la cabecita como el avestruz. Luché, reconozco que insolentemente (asistido por Jorge Guzmán), para que se premiara en poesía a Gonzalo Millán, lejos el mejor poeta en concurso, y apenas conseguimos el premio en empate.

—Vamos a otra cosa. ¿Cómo ve su tránsito desde “El Entusiasmo” a “Desnudo en el tejado”?

Jorge Ruffinelli de la revista “Marcha” de Montevideo fue el que mejor vió el tránsito entre los dos libros.

—Pero Ud. ¿cómo lo ve?

Para inventarle el cuesco a la breva, se lo diré en un par de frases. La narración en “El Entusiasmo” era eminentemente lírica y adolescente. Había ingenuidad, primitivismo y énfasis. En “Desnudo...” quiero creer que la lírica está dramáticamente enraizada en una funcionalidad narrativa. Che, mirá como hablo, diría Oliveira.

—Hay algo extraño. La crítica argentina ha sido casi unánime en considerar a “Pajarroco” como un cuento brillante. En cambio para la chilena casi ha pasado desapercibido.

En Chile hay que anotar la excepción de Grinor Rojo con un largo artículo sobre el libro que será publicado en Cuba y Venezuela. Creo que es un cuento que no está afiliado a ninguna tradición ya rumiada. Los argentinos son maestros en el arte de digerir productos crudos. En Chile no bailamos al compás del tambor, sino del eco. “Pajarroco” es un cuento experimental y ofensivo, dos palabras que están erradicadas del vocabulario chileno.

—Sr. Skármeta, ¿tiene Ud. algún defecto? Sí, soy tímido. ✓